

escribió la Elegía III del Libro I, que es la segunda de las Delianas y una de las obras maestras de su genio.

En efecto, según Apiano («Bell Civil,» IV, 38, y «Veleyo Patérculo,» II, LXXXIV), Mesala llevó á cabo su viaje á Cilicia en el mismo año de su Consulado, y pocos meses después de que tuvo lugar la batalla de Accio, á fines tal vez de 723, y Tibulo, en la Elegía III del Libro I, dice que acompañó á Mesala hasta Corcyra, y que allí la enfermedad lo obligó á detenerse y á dejar partir sin él á sus amigos.

Es un hecho, pues, perfectamente establecido, que la Elegía III del Libro I, fué escrita á fines del año de 723, y este hecho sirve de base para fijar la cronología de las Delianas y para saber cuántas, á lo menos, había escrito en esa época.

Mucho han discutido los críticos acerca del orden que las Delianas fueron escritas; pero con excepción de Lachmann y de O. Richter («Rheinisches Musaeum,» XXV), que las ponían en el orden siguiente: III, I, II, V, VI; Pasow («De ordine temporum quo primi libri elegias scripsit Tibullus,» 1831), y Dissen (obra citada, 1835), y Gruppe (obra citada, 1838), y W. S. Teuffel («Proemium translationis Tibulli germanicae,» 1853), y Baehrens (obra citada, 1877), han colocado siempre la Elegía I como anterior á la III, fundándose en que, en la Elegía I, Tibulo rehusa por amor á Delia acompañar á Mesala á la guerra, y en la

III, se le ve marchar con él á Oriente y quedar detenido en el camino.

Este orden de las Delianas, demuestra que á fines de 723 Tibulo había dado ya á luz las dos hermosísimas Elegías que hasta hoy son consideradas como sus mejores obras.

Ahora bien, ¿puede asegurarse que el poeta, autor de las Elegías I y III del Libro I, pudo escribir durante el mismo año de 723 el Panegírico de Mesala? ¿Pudo escribir Tibulo un poema reputado como obra de los primeros días de su juventud, cuando ya había hecho conocer los frutos más sazonados de su ingenio, como lo son, sin duda, las Elegías Delianas?

Por otra parte, el Panegírico es, á no dudar, la obra de un retórico, ya sea de la época de Augusto ó posterior á ella, y Tibulo jamás, ni en sus comienzos, fué un poeta retórico, ni tuvo nunca, como lo dijo Baehrens, los defectos que caracterizaron á los alexandrinos que tanto pulularon en Roma en los tiempos de César, y que dejaron como recuerdo Io y Glauco y la Esmirna, y otros poemas de esta índole.

El poema, por su forma ampulosa y hueca, por su estilo duro y rebuscado, por su estudiada y metódica distribución, por la ciencia geográfica de que hace alarde con forzada amplitud, y á causa también de la exageración de todos los sentimientos que expresa, ya falta de sinceridad en la modestia, ya exceso de bajeza en la adulación, ya carencia de honradez en la

alabanzá, como lo hicieron ver Bach, Dissen y Herzberg, tiene que ser un ejercicio retórico, ejecutado por alguno de los muchos poetas del círculo de Mesala que, mientras más apartados del protector vivían, con mayor razón miraban en él una providencia y un semidiós.

Todos los críticos consideran como la primera obra de Tibulo la Elegía X del Libro I. Unos, como Passow, que adopta fecha distinta para el nacimiento de Tibulo, hace remontar la Elegía hasta el año de 715. Dissen se atreve á poner un intervalo de once años entre la Elegía X y las Delianas, y cree que fué escrita en 712. Aun sin aceptar estos datos, que pueden parecer exagerados, es indudable que dicha Elegía es del período de 717 á 723 y, en todo caso, anterior á las Delianas.

Ahora bien, ¿quién se atrevería á asegurar que hay siquiera, en la obra de juventud de nuestro poeta, la más ligera reminiscencia de alejandrismo?

La Elegía es inferior á las otras; pero, ¿puede darse en los poetas alejandrinos algo tan personal como este himno en que al igual se cantan la paz y el amor, y en que se expresan, con gran naturalidad y sencillez, los sentimientos propios del espíritu de un adolescente que da los primeros pasos en la vida?

Las observaciones de Hankel acerca de las peculiaridades del estilo y de la métrica de Tibulo, son los argumentos más serios que hayan podido hacerse va-

ler en defensa de la autenticidad del Panegírico; pero no por eso deben considerarse concluyentes.

Los estudios de esta índole, hechos por críticos eminentes acerca de las Elegías de Ligdamo, han demostrado todo lo que puede esperarse de este género de pruebas. Comparar las obras de dos poetas entre sí para hallar las imitaciones que el uno hubiera hecho del otro, y señalar el empleo común de idénticas expresiones, giros, locuciones y frases, y puntualizar la observación de idénticas reglas de métrica, no es ni puede ser bastante para concluir que ambas obras son de un solo y mismo autor.

Para hacer ver la falacia que encierra tal demostración, bastaría comparar la obra en cuestión con la de otro autor cualquiera, y comprobar la existencia de las mismas imitaciones, el uso de iguales palabras y modismos, y el empleo de las mismas formas métricas.

Los que se han consagrado á analizar las frecuentísimas imitaciones que Ovidio hiciera de Tibulo, de quien, en infinidad de casos, tomó los pensamientos, las palabras, los versos enteros, podrían también concluir, atribuyendo á Tibulo la paternidad de más de una de las Elegías del poeta de Sulmona, si hubiera de seguir ese sistema.

Hugo Hartung se ha encargado de refutar á Hankel, y en este punto, principalmente, sus conclusiones no pueden ponerse en duda.

Si Tibulo y el autor del Panegírico emplearon el pronombre «alter» en vez de «alius», Horacio hizo igual cosa en la Epístola XIV del Libro I, verso 11:

Cui placet alterius, sua nimirum est odio sors;

si ambos usaron las palabras «tua gloria» en vez de «tu», Propercio, en la Elegía VII del Libro II, verso 17, dijo:

Hinc etenim tantum meruit mea gloria nomen;

si los dos emplearon la palabra «orbis» en vez de cielo, Horacio, en la Oda III del Libro III, escribió:

«Si fractus inlabatur orbis.»

Si ellos hicieron uso del verbo «tenendi» por «scindi», Virgilio, en la Égloga IX, dijo:

numeros memini, si verba tenerem,

y, por último, si Tibulo y el Panegirista escribieron «cadere» por «accidere» y «annuus» por «quotannis», Cicerón hizo lo mismo en muchos pasajes de sus obras.

Comparando á Lucrecio con el autor del Panegírico, es de notar que éste empleó «texere» y sus compuestos al igual del otro, y que la expresión «aeris» de Lucrecio se encuentra en el Panegírico.

Ovidio y el autor del Panegírico coinciden en muchos puntos, y si éste dijo: «aeterno Homero» en el verso 180, Ovidio repitió: «aeterno Homero» en la Elegía X del Libro II de las Pónicas; y si aquél escribió «conditor actis» en el verso 4, Ovidio usó el verbo «condere» con el mismo sustantivo en el verso 335 de la Elegía del Libro II de las Tristes; y si uno empleó el adjetivo «foedatus» en el verso 57, Ovidio lo repitió en la Elegía III del Libro I de las Tristes.

Propercio y el Panegirista también pueden ser citados á este respecto. Si éste dijo en el verso 7: «est nobis voluisse satis», Propercio escribió en la Elegía X del Libro II: «in magnis et voluisse sat est»; si aquél, en el verso 13, hizo uso de la locución: «vestigia ponere»; el otro, á su vez, dijo en la Elegía IX del Libro II: «meo ponet vestigia lecto.»

La comparación hecha por Hartung puede exagerarse más todavía y hacerse con todos los otros poetas latinos, y, es seguro, que el examen revelaría que en todos, en Catulo, en Horacio y en Virgilio, habrían de hallarse reminiscencias de la índole de las citadas.

En lo que á la observancia de determinadas reglas métricas se refiere Hartung, recuerda que ellas fueron observadas también por Horacio, por Virgilio y por Ovidio, como por todos los que escribieron versos épicos, y cita, al efecto, lo que, en su libro de «Re Metrica poetarum latinorum», escribió Luciano Müller.

Los que combaten la autenticidad del Panegírico, no se pueden explicar cómo ha podido parangonarse dicho Panegírico con la Elegía VII del Libro I, respecto de la cual son más las diferencias que las semejanzas.

El plan general de ambas obras, la distribución del asunto, el sistema seguido para el desarrollo de la idea principal de los dos poemas son enteramente distintos, y lo que en la Elegía hay de orgullo en el poeta «*Non sine me est tibi partus honos,*» es en el Panegírico falsa modestia y humildad exagerada; lo que en aquella hay de sobriedad, en éste es ampulosa; lo que en la una es precisión, en el otro es dureza.

Hay, es cierto, en la Elegía alguna acumulación de nombres geográficos; pero nunca esa acumulación es inútil, ni se le emplea en digresiones ociosas; porque en la Elegía sirve nada menos que para designar los triunfos conquistados por Mesala en las diversas expediciones guerreras. Nótese, es verdad, en la Elegía el episodio de Osiris, que no encaja bien cortando el elogio de Mesala; pero, en cambio, ¡cuánta belleza ha derramado Tibulo á manos llenas en esa digresión! La descripción de los beneficios que Osiris hizo á los humanos enseñándoles el cultivo de la tierra, será siempre una de las páginas más hermosas de la literatura latina.

Pero independientemente de los méritos de la Elegía, por la fecha en que fué escrita no debe estimár-

sele como el trabajo de un principiante, toda vez que, consagrado á celebrar el triunfo de Mesala, después de la guerra de Aquitania, no pudo ser escrita antes del año 727 en que le fué concedido el Triunfo.

Si la I y la III de las Elegías del Libro I fueron compuestas: una, antes de realizarse la expedición al Oriente, y otra, en los momentos en que dicha expedición tenía lugar en 723, es indudable que la Elegía VII la escribió Tibulo cuando estaba en el apogeo de todas sus facultades.

Para negar estos hechos sería preciso aplazar la fecha de la composición de las Elegías Delianas, y como la Elegía III del Libro I fué escrita en Corcyra durante el curso del viaje á Oriente, obligará Mesala á hacer un segundo viaje posterior al año 727, acerca del cual nada dicen los historiadores de aquella época.

Pesando, con ánimo imparcial y sereno, los argumentos de los que sostienen la autenticidad del Panegírico, así como los de aquellos que la combaten, es necesario pronunciarse en favor de estos últimos, porque tienen en su apoyo la cronología perfectamente establecida de las obras de Tibulo, el orden en que fueron escritas, la historia de la vida del poeta y del Cónsul Mesala, y los datos todos que la filología y la crítica pueden proporcionar.

El Panegírico de Mesala no es, pues, una obra de Tibulo, y no es digna de figurar en la colección de este poeta.

¿Quién es el autor de las Elegías II á VI del Libro IV?

Las cinco Elegías que comprenden la primera parte del Libro IV deben subdividirse en dos distintos grupos: el primero que abraza las Elegías II, IV y VI, consagradas á Sulpicia ó que hablan de ella, y las Elegías III y V dirigidas á Cerinto. La Elegía III está escrita en elogio de Sulpicia, con motivo de las fiestas de las calendas de Marzo, y celebra la belleza de sus ojos y la gracia de que siempre hace alarde, ya lleve sueltos ó trenzados sus cabellos, ya sea que use trajes níveos ó teñidos con la púrpura de Tiro. El poeta invita á las Musas y á Apolo para entonar un canto en honor de Sulpicia. La IV está dirigida á Febo, y tiene por objeto, no sólo pedirle que libre á Sulpicia de la enfermedad que la aqueja y, al efecto, le suministre los jugos que dan nueva vida á los cuerpos enfermos, sino consolar á su amante que debe guardar su llanto para cuando ella se le muestre esquiva. La VI está consagrada á Juno Natal con motivo de las ofrendas que Sulpicia le ofrece en abundancia para que la diosa le sea propicia, y á ella y á su amante los una con un mutuo amor.

La Elegía III está dirigida á un jabalí, porque Cerinto se ha ido á la caza y su amada desea verlo volver sano y salvo. En esta Elegía, la amada de Cerinto deplora no haberlo acompañado, porque, á lo menos, ella hubiera conducido las redes, hubiera busca-

do las huellas de los ciervos y desencadenado á los perros; las selvas hubieran sido de su gusto, si en ellas se hubieran amado. Un rasgo de celos y una explosión de amor terminan la Elegía:

Et quaecumque meo furtim subrepat amori,  
Incidas in saevas diripienda feras.  
At tu venandi studium concede parenti  
Et celer in nostros ipse recurre sinus.

La Elegía V está consagrada á Cerinto, y dirigida á él, porque su amada comienza por declararle, que el día en que fué suyo, será para ella sagrado y de fiesta, pues desde que nació, las Parcas lo celebraron como yugo y señor de las mujeres. La amada pide á su Genio protector, que sea mutuo el amor que ella le profesa, y que si llega él á suspirar por otras, apague entonces el fuego en que se abraza el ingrato.

Así como ya hemos visto que Broukhusio, sin tomar en cuenta que en las Elegías II, IV y VI, se habla de Sulpicia como de tercera persona, y se le consagran elogios, y se pide el restablecimiento de su salud, atribuyó á Sulpicia todas las Elegías del Libro IV, así vamos á ver cómo Voss, y Gruppe, y Zingerle, y Knape, poniendo en olvido que las Elegías III y V están dirigidas á Cerinto por una mujer, tierna y apasionada, han sostenido que Tibulo es el autor de las cinco Elegías, II á VI del Libro IV.

Voss, en su obra ya citada (Albius Tibullus und

Ligdamus, 1810), considera como epístolas, todas las pequeñas Elegías del Libro IV, y apoya su creencia de que Tibulo es su autor, en la vida de este poeta atribuida á Suetonio, que se halla en los M. SS., y en la cual se lee el siguiente párrafo: «Epistolae quoque eius amatoriae, quanquam breves, omnino utiles sunt.» Si Tibulo, según Suetonio, escribió epístolas amorosas, y éstas fueron breves y útiles, Tibulo es el autor de las Elegías del Libro IV, tanto porque éstas son pequeñas, como porque es necesario reconocerles el pronunciado carácter epistolar que tienen.

Voss, por otra parte, no cree en la existencia de una poetisa, que en tiempo de Augusto llevara el nombre de Sulpicia; ni concibe que la autora de las Elegías pueda ser la Sulpicia, *Calenis uxor*, que existió en tiempo de Domiciano, y á quien se refirió Marcial. Voss dice: en efecto, si en la época de Augusto se hubiera distinguido con tan excelentes composiciones una joven de la noble estirpe de los Sulpicios, sin duda, tan rara aparición hubiese sido celebrada con grandes elogios por sus contemporáneos y por sus pósteros. Desde luego, el mismo ingenioso y noble poeta que escribió la composición á Sulpicia enferma (Epístola III), la hubiera recomendado al dios de los poetas, y el galante Ovidio, que con tanta frecuencia enumera los poetas latinos, ¿habría permanecido mudo respecto de ese maravilloso ruiseñor? Cuando menos, recordando á la Sulpicia del tiempo de Domi-

ciano, se hubiera visto precisado á designar á esta nueva Sulpicia, como la segunda flor de la familia de los Sulpicios. En cambio, la segunda Sulpicia, por mucho que le cegara el amor propio, jamás se hubiera atrevido á presentarse como la primera romana, cultivadora de la poesía griega, tratando de opacar á su ilustre antecesora, como ella lo dice en la Censura á Domiciano.

Primaque Romanas docui contendere Graiis.

La Sulpicia de que habla Marcial, tampoco debió ser la autora de las epístolas, porque, dada la época en que floreció, no pudo ser la amada de Cerinto, á quien Tibulo cantó, ni éste pudo llegar á conocerla, tomando en cuenta el tiempo de su muerte.

Para Voss no es un obstáculo que sea una mujer quien hable en esas Elegías, y que los sentimientos que exprese, sean los del corazón de una virgen enamorada; porque, á lo sumo, eso revelaría que ella colaboró en la obra del poeta, y que éste, teniendo á la vista sus cartas amorosas, tomó de ellas la sinceridad de la pasión y la verdad de los sentimientos. «El poeta se inspiró en la joven, que sintiéndose poseída por un amor que nada tenía de culpable, ansía fervorosamente por el lazo ardiente y eterno, é hizo la obra de arte, escogiendo la principal de las cartas auténticas, poniéndolas en un orden metódico, y cuidando la expresión poética, y la melodía del verso.»

Según Voss, las Elegías fueron, pues, hechas en mancomún por Tibulo y por Sulpicia; y Tibulo, renunciando á hacer, como siempre lo había hecho, una obra subjetiva, se contentó con poner su inspiración al servicio de una pasión ajena, para prestar vida y alma á aquella novela de amor de Cerinto y de Sulpicia.

Las observaciones de Voss son dignas de ser tomadas en consideración; pero á nuestro juicio no son definitivas; porque no es, ni puede ser fundamento bastante para dejar de atribuir á Sulpicia las Elegías que son obra de una mujer, el que Ovidio no hubiera hablado de ella en el Libro II de las Tristes, y el que la Sulpicia de la época de Domiciano, se hubiera creído la primera que enseñó á las romanas á competir con los Griegos.

El silencio de Ovidio es fácilmente explicable, sobre todo, si son ciertas las reflexiones de Carlos Lachmann (*Allgem Litt Zeitg.* 1836, No. 109, pág. 255) y de F. Haase (*Berliner Jahrt f. rissensch Kritik* 1837, No. 5, pág. 40), según quienes, el Libro IV salió de la casa de Mesala, y fué publicado tan sólo después de su muerte, y debe considerársele como un libro de familia, formado en el círculo de Mesala y de los demás ilustres amigos suyos, que se interesaban por la poesía. Si el libro que contiene las Elegías de Sulpicia, no se publicó durante la vida de Ovidio, no es de extrañarse que no hubiera hecho alusión á él. En la

Elegía que Ovidio consagró á Tibulo, y en la II de Las Tristes, no sólo nos dice que no tuvo tiempo para cultivar su amistad, sino que revela que tan sólo había conocido el Libro I de la colección, único hasta entonces publicado.

El verso de Sulpicia, citado por Voss, no dice tampoco lo que ha querido deducir de él; porque Sulpicia no afirmó, en los hexámetros contra Domiciano, ser la primera poetisa latina, sino la primera que escribió versos griegos, enseñando á las mujeres romanas á competir con las griegas; pero, por otra parte, la Sátira contra Domiciano, que fué descubierta en Bobio en 1493, está considerada por todos los críticos como apócrifa; porque aunque no puede sostenerse con J. C. G. Boot (*Acad. of Netherlands. Amsterdam* 1868), que fué escrita en el siglo XV, si está fuera de duda, como lo dice W. S. Teuffel (*History of Roman Lit.* tom. II, pág. 128), que lo obscuro é insípido del lenguaje, la ausencia de rasgos característicos, tales como un contemporáneo los hubiera tenido á su disposición, y las particularidades de metro y de dicción, prueban que el poema fué compuesto en un período muy posterior, y simplemente puesto bajo el nombre de Sulpicia.

O. F. Gruppe (obra cit., tom. I, Cap. Sulpitia), compartió la opinión de Voss, pero únicamente en parte; porque cree que son de Tibulo las Elegías II á VII, y de Sulpicia las Elegías VIII á XII. «Tan se-

guro es que las siete primeras Elegías son de Tibulo, como que las otras no son de él. Estas últimas son, en verdad, cartas escritas por otras personas, tal vez por aquella Sulpicia, que en la Elegía X se llama la hija de Servio.»

Para explicar su creencia, comienza Gruppe por suponer que hay dos series bien definidas en el Libro IV; la segunda, formada por las cartas originales de Sulpicia, y la primera, que está constituida por pequeños poemas alternados, uno dirigido á Sulpicia, y otro á Cerintó, y en los cuales se repite la misma historia de amor, con los mismos incidentes é idénticos rasgos de pasión. La diferencia entre una y otra serie, consiste en el lenguaje, en la dicción y en la métrica; porque si el lenguaje en una es torpe, y la construcción pesada y difícil, sobre todo, en la Elegía X, en la otra es de una gran pureza, y revela suma facilidad y elegancia; y porque si en ambas la métrica es correcta, en cambio, en una se notan muchos ripios, para completar la medida de los versos. «Un experto, agrega Gruppe, no puede menos que conocer pronto, que en la segunda serie se trata de un lenguaje femenino, que no está elaborado de acuerdo con las reglas severas de la gramática, y en el cual, las expresiones naturales y sencillas, sin arte, ni retórica, se entrelazan por medio de una construcción bastante libre.»

Gruppe, con su habitual sagacidad, ha señalado una

diferencia esencial entre las dos series de Elegías, y si está en lo justo al atribuir á Sulpicia algunas de las que aparecen escritas por una mujer, no se comprende por qué ha asegurado que la primera serie, según él, II á VII, ha de ser la obra de Tibulo. Gruppe no ha expendido un solo argumento para defender esta tesis, y ella no ha podido descansar en otra cosa, que en la autoridad de su nombre.

Para llenar este vacío, tal vez, escribió A. Zingerle su disertación intitulada: *Weiteres zu den Sulpicia elegiën des Tibullus*. (Kleine Philologische Abhandlungen. Innsbruck, 1877, págs. 45 á 90). El trabajo de Zingerle, es la labor pacientísima de un experto filólogo, y con él llega á la conclusión de que las Elegías II á VII, que tratan de Sulpicia, son auténticas; porque no sólo recuerdan en muchos puntos las particularidades de Tibulo, sino porque están escritas en el estilo característico de este poeta, haciendo uso de sus expresiones predilectas, principalmente de aquellas que empleó en las Elegías Delianas.

Para apoyar su conclusión, Zingerle estudia y señala el uso de iguales adjetivos, «tener,» «sanctus,» «celer,» «mutuus» y «celeber,» ya solos ó unidos con ciertos sustantivos, el de los relativos compuestos, «quicumque» y «quisquis,» y otros, el de algunos verbos impersonales, como *pudet, piget, paenitet, taedet, decet* y *iuvat*, el de la conjunción *at*, y algunas aunque cortas peculiaridades de métrica.